Opción y cadencia en Balenciaga

Diéresis del espacio en la moda contemporánea

Aldo Poblete Varas

Norte frío. Alarma de ataque. Zona de confort absolutamente destruida. Catástrofe estética, liberación juvenil. La oscuridad como un poema eterno, salvaje. Robots destructivos. Pasarelas dentro del infierno. Especulaciones dentro del asilo geopolítico. Belleza dentro de la geometría radical; forma y color en el temperamento del cuerpo. Fenómenos paranormales rudimentarios de un delirio febril, mitológico: espectáculo en la desolación del régimen sensorial tardío; truenos de rigidez matemática que acechan en el crepúsculo del bosque conceptual; invocaciones de dioses prohibidos como reflejo parametafísico de un equilibrio perdido; un sustrato alterado por el mercado y por el devenir de una religión estética. Animales desventurados que leen a Céline disciernen el clima heterodoxo que el silencio ha sembrado en generaciones enteras de mutantes digitales. Transporte y descomposición, magnetismo y capacidad de distribución editorial. Introducción a la deformidad cósmica; sustrato evangelista. Afuera, el dios negro viste sus millones de cuerpos con el mármol celestial que lo ha sepultado todo, poniéndolo todo a disposición del sacrificio. Hambre, calamidad, sinsentido. Armamento dispuesto sobre la mesa. Las conclusiones de una conversación de siglos. ¿Quién posee la identificación requerida para ser admitido en este club? Nadie, absolutamente nadie; de ahí la democratización del prêt-à-porter.

Una vez más, animales dentro del club. Las especulaciones de un riff demasiado afilado, al borde de un régimen autocrático. De Tokio a Pekín, la ruta está constreñida y consternada. Bolsos de combate. Migajas sobresintetizadas dentro del rugido, dentro del grito adolescente que esgrime códigos específicos, en busca de neoverdades específicas. Catástrofe natal de la polisemia; el subterfugio y el desasosiego del artista. El fondo se conduce de este modo para permitir que ciertos cuerpos, ciertas esencialidades sobreexplotadas y sobresaturadas, emerjan como megainstituciones descomunales movidas desde su propia razón de posibilidad; como un hito tecnológico masivo, abstracto, donde el sustrato se conecta con la idea de la megacorporación trascendental. Allí, la corporalidad se conceptualiza en su posibilidad-mundo; allí se concibe la existencia mínima, rozando la pintura, la música y el estremecimiento denso, pegajoso, de una crítica completamente domesticada por el peso de lo masivo. La versión real es aquella que escapa de la normalidad subyugante de una digitalidad convertida en catedral de lo impuro y lo moralizante.

Aprender de la historia nunca fue más difícil; porque, a fin de cuentas, cuando hablas de vestimenta, ¿de qué estás hablando? ¿Qué es lo que Eliza Douglas deforma dentro de la marca? ¿Es un reflejo de la geometría verticalizada de este entramado paraestético que abordamos? ¿O es más bien un nodo dentro del rizoma de algo mayor, que busca manifestarse en este animal descomunal dispuesto sobre la mesa de operaciones para ser diseccionado? La modernización del mundo es uno de los ideales que impulsan la personificación de las materialidades. Si hemos de hablar de una Humanidad 2.0, esta tendrá lugar dentro de los regímenes gramatológicos de una historia liberada de su atronador fatum: la guerra en el núcleo de la alta cultura, un símbolo de progreso y la neutralización de la retromaquinaria. Es el signo de asuntos que hacen eco del símbolo sobre la mesa, la potencia acéfala del black metal, el río infinito de un curso horizontal, todo unido por la nueva materialidad de los flujos terminales y automatizados. Rechazo total de la fenomenología ingenua. Aquí, lo trascendental no se correlaciona con la potencia polisémica de un texto potencial, y es precisamente allí donde reside el interés genuino que puede desenterrarse desde la estética en un contexto como este. Es el objeto mismo, la materia misma, lo que interactúa activamente, influye, infecta y reinterpreta sus propias condiciones de posibilidad. Es lo nouménico entrando en escena bajo la forma que, a ojos delimitadores, representa la manifestación más vil de un capitalismo tecnocientífico que ansía absorber el absoluto mismo. Sin embargo, esas lecturas, lejos de ser serviles al statu quo, no contribuyen en nada a comprender y ampliar el horizonte de posibilidades que la radicalización de ciertas experiencias humanas puede desencadenar.

Rigidez infinita. Concreto, concepto concreto. Cemento, fundamento de Occidente; un futuro no inscrito en el pasado, sin alusiones a una Grecia clásica antigua, natural. Negro polar, el negro de la vida misma. Un reflejo incrustado en Lain, en lo digital que ya ha habitado la humanidad durante décadas, recuperado, devuelto a la vida; la satisfacción del animal que, desde el sustrato, hace cuanto está en su poder para seguir devorando mundos. Desinfección territorial, gris, lateralidad a lo largo de las vías de Neo-Tokio; sonido o ruido equivalente, desinfección imposible. El precio de la calefacción central es infinito. El concreto liberador ha centrado por la fuerza nuestra comprensión a través de los horizontes estructurales infinitos que la velocidad de Los Ángeles o de cualquier otra metrópolis puede descentrar en la conciencia. En el noúmeno, la calidad de la manifestación. Autoconciencia radical. ¿Quién esquía de este modo entre las ideas? La sostenibilidad de estas formas es difícil de absorber incautamente. Compartir el espacio individual. Centrar el concepto dentro del dispositivo neutro. Silencio. Fuerza del neón, superioridad moral de lo irracional dentro del patrón deconstructivo. El arte se abre como una nuez en el agua: agua negra, un cristal capaz de construir una defensa en tiempo real contra el campo del terror absoluto. En un mundo donde lo que el querer quiere es ser aplacado por el líquido, por la tendencia de pantallas y plantillas, esquemas, rituales,

satanismo, materiales finos y baterías electrónicas que detienen el avance del ciclo en la periferia de ese dolor. Que la belleza encuentre un nuevo precio en la huella del monoambiente mental de la escuela de diseño, la academia de arte, el laboratorio orgánico; la emergencia de la autoaceptación.

Alquimia especulativa, sustrato del estilo y de la conexión con lo que importa y lo que no importa según los preceptos del canon estético occidental. border-line. La trascendencia se encuentra en guerra perpetua contra el muro y contra la obtusa capacidad de producción de imágenes posthumanas. Detrás de toda inmanencia habita el filtro feroz de una duda excepcional, donde la barbarie convive con la alta cultura. Detrás de toda la decadencia de un sistema sobrecalentado, la frialdad estructural autoconsciente conserva cierta vibración; algún pulso puede decirnos algo en medio de la calamidad del esfuerzo, el sinsentido de un DJ vital que no tiene remedio y está más allá de la especialización demoníaca. En el esfuerzo de la banda llevada al espacio cósmico de este búnker imperdonable, calamitoso por excelencia retrógrada, todo ocurre dentro del modelo, nada fuera del concepto. Geopolítica de la moda, racionalidad del estratega celestial, la fuerza de la vida entregada a la felicidad algorítmica de un neologismo disonante. En la siempre bien ponderada siembra del ruido y el ensayo de la misericordia, California, Düsseldorf, Osaka actúan como una inventiva alienígena que intenta infectar la sinceridad de un lenguaje extraño y distante, muy alejado de cualquier regularización formal, que el devenir natural quiere reconvertir en sonido monótono, el ambient de la memoria, trescientas veces igual a sí mismo y distinto de sus sombras. Malversación del lenguaje, incorruptibilidad de la sensación. Los fantasmas viven en la floritura, en la sala de montaje y dentro del cuenco aspiracional; suplemento formal, incompatibilidad informal. Cerrado de antemano por la desilusión extratemporal: polímeros, fantasmas de silicio, reducciones ectoplásmicas en la fuerza cuya momentaneidad el destino natural es capaz de traer a esta fiesta.